Aparato con que entran en su casa la tia y la sobrina.
—LA TIA FINGIDA.

Eran ya casi las doce del dia y la dicha casa estaba cerrada por fuera, de lo que coligieron ó que no comian en ella sus moradores, ó que vendrian con brevedad: y no les salió vana su presuncion, porque á poco rato vieron venir una reverenda matrona, con unas tocas blancas como la nieve, mas largas que sobrepelliz de canónigo portugues, plegadas sobre la frente, con su ventosa, y con un gran rosario al cuello de cuentas sonadoras, tan grandes como las de Santinuflo, que á la cintura le llegaban: manto de seda y lana; guantes blancos y nuevos sin vuelta; y un báculo ó junco de las Indias con su remate de plata. De la mano izquiezda la traia un escudero de los del tiempo del conde Fernan Gonzalez, con su sayo de belludo, ya sin bello, su martingala de escarlata, sus borceguíes bejaranos, capa de fajas, gorra de Milan, con su bonete de aguja, porque era enfermo de baguidos; y sus guantes peludos con su tahalí y espada navarrisca. Delante venia su sobrina, moza, al parecer de diez y ocho años; de rostro mesurado y grave, mas aguileño que redondo; los ojos negros, rasgados, y al descuido adormecidos; cejas tiradas y bien compuestas; pestañas largas, y encarnada la color del rostro, los cabellos rubios y crespos por artificio, segun se descubrian por las sienes; saya de burriel fino, ropa justa de contray ó frisado, los chapines de terciopelo negro, con sus clavetes y rapacejos de plata bruñida; guantes olorosos y no de polvillo, sino de ámbar. El ademan era grave; el mirar honesto; el paso airoso y de garza. Mirada por partes parecia muy bien, y en el todo mucho mejor: y aunque la condicion é inclinacion de los dos manchegos era la misma que la de los cuervos nuevos, que á cualquier carne se abaten; vista la de la nueva garza, se abatieron á ella con todos sus cinco sentidos, quedando suspensos y enamorados de tal donaire y belleza: que esta prerogativa tiene la hermosura, aunque sea cubierta de sayal. Venian detras dos dueñas de honor, vestidas á la traza del escudero. Con todo este estruendo llegó la buena señora á su casa; y abriendo el buen escudero la puerta, se entraron en ella: bien es verdad que, al entrar, los estudiantes derribaron sus bonetes con un estraordinario modo de crianza y respeto mezclado de aficion, plegando sus rodillas, é inclinando sus ojos como si fueran los mas benditos y corteses hombres del mundo.

Mal efecto de la serenata de los estudiantes, y recado que un amigo de ellos envia á la TIA FINGIDA.

Estando en este deporte y conversacion con la repulgada dueña del *huy* y *de las perlas*, venia por la calle gran tropel de gentes; y creyendo los músicos y acompañamiento que era la justicia de la ciudad, se hicieron todos una rueda y recogieron en medio del escuadron el bagage de los músicos; y como llegase la justicia, empezaron á repicar los broqueles y crujir las mallas, á cuyo son no quiso la justicia danzar la danza de espadas de los hortelanos de la fiesta del Corpus de Sevilla; sino que pasó adelante por no parecer á sus ministros, corchetes y porquerones aquella feria de ganancia. Quedaron ufanos los bravos, y quisieron proseguir su comenzada música: mas uno de los dos dueños de la máquina no quiso se prosiguiera, si la señora doña Esperanza no se asomase á la ventana, á la cual ni aun la dueña se asomó por mas que la volvieron á llamar: de lo que enfadados y corridos todos quisieron apedrealle la casa, y quebralle la celosía, y darle una matraca ó cantaleta, condicion propia de mozos en casos semejantes. Mas aunque enojados volvieron á hacer la refaccion de la música con algunos villancicos; volvió á sonar la gaita, y el enfadoso y brutal son de los cencerros, con el cual ruido acabaron su serenata. Casi al alba seria cuando el escuadron se deshizo; mas no el enojo que los manchegos tenian, viendo lo poco que habia aprovechado su música; con el cual se fueron á casa de cierto caballero amigo suyo, de los que llaman generosos en Salamanca y se sientan en cabecera de banco, el cual era mozo, rico, gastador, músico, enamorado, y sobre todo amigo de válientes; á quien le contaron muy por estenso su suceso sobre la belleza, donaire, brio y gracia de la doncella, juntamente con la gravedad y fausto de la tia, y el poco ó ningun remedio que esperaban, pues el de la música, que

eran el primero y postrer servicio que ellos podian hacerla, no les habia aprovechado ni servido de mas que indignarla con el disfame de la vecindad. El caballero pues luego aquel mismo dia envió un recaudo tan largo como comedido á la señora doña Claudia, ofreciendo á su servicio la persona, la vida, la hacienda y su favor. Informóse del page la astuta Claudia de la calidad y condiciones de su señor, de su renta, de su inclinacion, y de sus entretenimientos y ejercicios, como si le hubiera de tomar por verdadero yerno; y el page, diciendo la verdad, le retrató de suerte, que ella quedó medianamente satisfecha, y envió con él la dueña del huy con la respuesta no menos larga y comedida que habia sido la embajada. Entró la dueña, recibióla el caballero cortesmente, sentóla junto á sí en una silla, quitóla el manto de la cabeza, y dióla un lenzuelo de encajes con que se quitase el sudor, que venia algo fatigadilla del camino; y antes que le dijese palabra del recaudo que traia, hizo que la sacasen una caja de mermelada, y él por su mano le cortó dos buenas postas de ella, haciéndole enjugar los dientes con dos buenos pares de tragos de vino del santo, con lo cual quedó hecha una amapola, y mas contenta que si la hubiesen dado una canongía.

Manifiesta Doña Claudia á su sobrina las condiciones diversas de cada provincia de España. — LA TIA FINGIDA.

Convidada, pues, del mucho silencio de la noche y de la comodidad del tiempo, dióle gana de hablar á Claudia, y asi en medio tono comenzó á decir á la sobrina en esta guisa: Muchas veces te he dicho, Esperanza mia, que no se te pasen de la memoria los consejos, documentos y advertencias que te he dado siempre; los cuales, si los guardas como debes y me has prometido, te servirán de tanta utilidad y provecho, cuanto la misma esperiencia y tiempo, que es maestro de todas las cosas, te lo darán á entender. No pienses que estamos aqui en Plasencia, de donde eres natural; ni en Zamora, donde comenzaste á saber qué cosa es mundo, ni menos estamos en Toro, las cuales tierras son habitadas de gente buena y llana, sin malicia ni recelo, y

no tan intrincada ni versada en bellaquerías y diabluras como en la que hoy estamos. Advierte, hija mia, que estás en Salamanca, que es llamada en todo el mundo madre de las ciencias, y que de ordinario cursan en ella y habitan diez ó doce mil estudiantes, gente moza, antojadiza, arrojada, libre, aficionada, gastadora, discreta, diabólica y de humor. Esto en lo general; pero en lo particular como la mayor parte son forasteros y de diferentes partes y provincias, no todos tienen unas mismas condiciones. Porque los vizcainos aunque son pocos, es gente corta de razones; pero si se pican de una muger, son largos de bolsa. Los manchegos son gente avalentonada, de los de Cristo me lleve; y llevan ellos el amor á mojicones. Hay aqui tambien una masa de aragoneses, valencianos y catalanes: tenlos por gente pulida, olorosa, bien criada, y mejor aderezada; mas no los pidas mas: y si mas quieres saber, sábete hija que no saben de burlas: porque son, cuando se enojan con una muger, algo crueles y no de buenos hígados. A los castellanos nuevos tenlos por nobles de pensamientos, y que si tienen dan, y por lo menos si no dan no piden. Los estremeños tienen de todo como boticarios; y son como la alquimia, que si llega á plata, lo es, y si á cobre, cobre se queda. Para los andaluces, hija, hay necesidad de tener quince sentidos, no que cinco; porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces, y no nada miserables. Los gallegos no se colocan en predicamento, porque no son álguien. Los asturianos son buenos para el sábado, porque siempre traen á casa grosura y mugre. Pues ya los portugueses, es cosa larga de pintarse sus condiciones y propiedades, porque como son gente enjuta de cerebro, cada loco con su tema: mas la de casi todos es que puedes hacer cuenta que el mismo amor vive en ellos envuelto en cierta lacería.